

INFANCIA EN MOVIMIENTO

David Ibarra
22 de enero de 2009
El Universal

Suele repetirse que la realidad siempre supera a la imaginación. Ese es el caso estremecedor de los reportajes reunidos por Nashieli Ramírez, con prólogo de Ivonne Melgar y escritos todos por mujeres preocupadas de hoy. El tema del libro publicado por Ririki, es el sufrimiento, el abandono, la pobreza que sumerge a muchos niños, a demasiados niños migrantes en los círculos viciosos de la desnutrición, la ignorancia, la enfermedad hasta arrebatarles su presente y, desde luego, encerrarlos en un futuro inescapable de parias sociales.

La población trabajadora se mueve, emigra, sufre, cambia de ambiente, empujada por el hambre, la falta de trabajo y la cerrazón de horizontes. México no es el “melting pot” de los Estados Unidos que todo lo funde e iguala, sino un torbellino que separa, sin dar a los excluidos esperanza duradera.

La “Infancia en Movimiento” retrata los casos de Yurécuaro, de los niños asociados a padres migrantes en trabajos temporales. Educarlos resulta difícil, cuando no imposible entre otras muchas razones por la incomunicación, muchos sólo hablan lenguas indígenas. A lo anterior, se añade el abandono diario durante largas horas y la mala alimentación habitual. El trabajo infantil es una constante, al igual que la enfermedad, la insalubridad y la falta de los servicios más elementales. Está presente la violencia familiar, la prostitución, aun la infantil, así como la venta de niños. Los programas gubernamentales -Sedesol, el de Jornaleros Agrícolas, el de Atención a los Grupos Prioritarios, los de la Secretaría de Educación y de los gobiernos de los estados- apenas arañan la superficie de los problemas. La norma es la violación de los derechos humanos de los migrantes y de sus familias, la explotación de los contratistas, la

insuficiencia crónica o el incumplimiento de las políticas públicas en materia de trabajo, educación y salud.

En otro de los reportajes del libro, “El difícil oficio de ser niño en Tapachula”, se relata la vida de niños guatemaltecos que habitan en el basurero de esa ciudad. Viven en condiciones de insalubridad, comen desperdicios, no acuden a la escuela, usan el agua contaminada de un río cercano, los atormentan nubes de moscas e insectos, trabajan en la pizca y selección de desperdicios y sufren seria discriminación. La situación de los emigrantes mexicanos en los Estados Unidos siendo mala, no llega a los límites experimentados en nuestra frontera sur.

En Ciudad Juárez, la vida acaso es menos precaria, pero ciertamente escabrosa para los inmigrantes. El trabajo en las maquiladoras obliga al abandono a los niños durante la mayor parte del día. La criminalidad, como lo atestiguan los homicidios de mujeres, es alta y la drogadicción ha hecho presa a sus habitantes. Las madres apenas tienen tiempo de atender a sus hijos, después de nueve horas de jornada en las maquiladoras y una o dos horas de ida y otras tantas de regreso a los lugares donde habitan. Los niños quedan encerrados en las casas, a veces atados o al cuidado de algún hermano mayor o de la abuela. O vagan por las calles, corriendo los riesgos de la criminalidad reinante. Hay algunas guarderías, pero las madres agobiadas por el trabajo y el cuidado de las casas, no siempre los llevan por cuanto eso significa asumir tareas extras y, acaso, nuevas responsabilidades cuando se les notifica que han enfermado. Las consecuencias son obvias, niños mal nutridos, inasistencia a las escuelas, higiene pobrísima y riesgos diarios frente a la criminalidad y la drogadicción.

El libro contiene otros relatos igualmente conmovedores, como los de Rosalía, la niña descalza que gusta de las flores, que viaja con sus padres de la montaña de Guerrero a Navolato en Sinaloa, que trabaja en faenas agrícolas desde los ocho años, pero a quien la pobreza no le ha matado las ansias de ir a la

escuela, de aprender. O la de los niños indígenas migrantes a la ciudad de México en busca desesperada por algo mejor. Viven en las aceras, duermen hasta en alcantarillas, ayudan a sus padres a pedir limosna, a vender chucherías, a cargar bultos, a limpiar autos y a otras faenas del comercio ambulante. No suelen ir a la escuela porque les resta horas de trabajo e ingresos, pero sufren de rechazo social y discriminación.

En todos los relatos está presente la insuficiencia o ausencia de recursos públicos, de voluntad política y de acciones que prestasen ayudas humanitarias a la niñez forzada a migrar. Las carencias microsociales son evidentes, mucho se ganaría con aliviarlas de manera más completa, rigurosa e imaginativa. Con todo, el problema medular de nuestra política social no estriba, paradójicamente, en la cortedad de los presupuestos con qué satisfacer demandas apremiantes de la población. En el fondo, la exclusión, la marginación y la pobreza son producto macrosocial de un engranaje económico y político que los produce y reproduce sin cesar. Y lo hace al punto de que no habría presupuesto suficiente para garantizar una vida medianamente decorosa a casi la mitad de la población, hoy por hoy, segregada.

Nuestra política social en vez de fincar sus prelações en reducir, vía desarrollo, empleo, impuestos o salarios, las flagrantes desigualdades de ingreso y de oportunidades entre los distintos grupos sociales, centra su atención en procurar alivios -que no soluciones- a los más desprotegidos, en vez de erradicar los mecanismos que los sumergen sistemáticamente en esa situación. Pese al aumento de la participación de los programas sociales en el presupuesto nacional (más del 60%), la pobreza aqueja al 36%-39% de la población, el sector de trabajadores informales absorbe entre el 30% y el 50% de la fuerza de trabajo, sin protección social alguna. Los migrantes al exterior suman 400 mil personas al año, una cuarta parte de los jornaleros de la migración interna son menores de catorce años, el 24% de los niños entre uno y cuatro años padecen anemia. En

suma, sin la integración de las políticas públicas microsociales con las de alcance macrosocial, sistémico, México continuará siendo país de democracia precaria, de desigualdad e injusticia.

Por eso, sea bienvenido un libro que denuncia con meridiana claridad algunas de nuestras peores lacras sociales. Ojalá los reportajes televisivos o de la prensa, ocupados con frecuencia en trivialidades o amarillismo, abordasen temas verdaderamente lacerantes como los reseñados para alimentar la formación de una conciencia nacional verdaderamente constructiva.